

sustituyéndole con otro mejor; <sup>(1)</sup> pero quien sepa lo que es el hábito, perdonará al que, conociendo su debilidad, se pregunte con cierta desconfianza: ¿Quién separará esta piedra que hay á la entrada de mí mismo? <sup>(2)</sup>

Reflexionando acerca de todo esto, sabrá apreciar por qué son tan pocos los hombres que llegan á cambiar de sentimientos. Son demasiados aquellos á quienes se pueden aplicar las palabras del poeta: «Á los treinta años empieza el hombre á sentir que es un insensato; á los cuarenta lo comprende y quiere corregirse; á los cincuenta se irrita contra sí mismo por haber tardado tanto; su veleidad primera se cambia en resolución, después las resoluciones se renuevan sin cesar, y acaba por morir como vivió siempre, lleno de buenas intenciones». <sup>(3)</sup>

**10. Necesidad y fuerza de la gracia.**—Sólo quien no conozca al hombre, ni haya tratado nunca de seguir la vía en que se abre la puerta de la penitencia, podrá asombrarse de cómo el Dante hubo de atribuir á la gracia el acto de pasarla; <sup>(4)</sup> pero el que haya trabajado seriamente, aunque sólo haya sido un día, en su propia corrección, comprenderá la profunda verdad de aquella sentencia. La gracia nos hace llamar á esa puerta, por la gracia encontramos acogida, y á la gracia deberemos el perseverar dentro ya de los áridos campos donde nos hallamos, en la santa, pero difícil labor de la penitencia, de la satisfacción y de la enmienda.

En las noches tormentosas, durante las cuales Cipriano luchaba contra sí mismo para saber si debería llamar á esa puerta ó abandonar toda esperanza y el pensamiento de vivir, le parecía ser como una frágil barca combatida por las olas. ¿Cómo es posible, se decía, este cambio? ¿Podré deshacerme de lo que para mí constituye una segunda naturaleza. y en lo que me encanecí? Pierde toda esperanza;

(1) Aristót., *Magna moral.*, 2, 6, 42.

(2) Bernard., *In temp. resurrect.*, 2, 12.

(3) Young, *The compl.*, 1, 416-421.

(4) Dante, *Purgat.*, 9, 88.

todo eso ha echado raíces demasiado profundas. Quien se habituó á la abundancia, no aprende ya lo que son privaciones. ¿Cómo podría sufrir humillaciones el que siempre dió tanta importancia á los honores? El retiro es intolerable para quien se habituó á vivir en sociedad y á ser obsequiado. Son demasiado fuertes las cadenas en que tú mismo te aprisionaste, para que puedas nunca esperar que no te avasalle la ambición, ni te domine la sensualidad, ni te venza la avaricia. <sup>(1)</sup>

Felizmente para él, en sus vacilaciones, le coge de la mano un poder invisible, y le lleva hacia adelante. Llamó tembloroso á la puerta de la penitencia, que inmediatamente abren. Entra lleno de santo temor, y ¡oh maravilla! lo que antes le había parecido imposible, ahora le conforta; donde no hallaba más que tropiezos, encuentra llana y espaciosa vía; en vez de tinieblas, le ilumina la clara luz del día. Se había operado en él un cambio tan radical, que ni se atrevía á hablar de él por no ofender la modestia. <sup>(2)</sup> Sólo no podía callar que había venido en su auxilio una fuerza que le había convertido en fácil lo más difícil.

¡Oh hombre, tal vez sientes los mismos cuidados! «Querría estar muerto, pero escondido en el fondo de mi ser vive en mí otro yo que no se deja avasallar; mi orgulloso corazón le creó, y en tanto que yo tenga tan alta idea de mí, seré lo que soy ahora». <sup>(3)</sup> Muchas veces hice la prueba; querría ser otro, y siempre quedo lo mismo; veo por experiencia que yo sólo no basto para ello; mejor será desistir de una empresa imposible.

Antes de hacerlo, reflexiona un poco. Habrás atravesado alguna vez por un bosque en invierno. ¿Qué has visto? Troncos secos, ramas sin hojas, ninguna señal de vida. Vuelves algunas semanas después; es el mismo bosque, los

(1) Cipriano, *Ad Donatum epist. de gratia Dei*. Pamel., *Ep.*, 2; Baluze, *Ep.*, 1, n. 3 (1) (Goldhorn, II, 2).

(2) Cipriano, *Ad Donatum ep. de gratia Dei*, n. 4, (2).

(3) Greith, *Die deutsche Mystik in Prediger-Orden*, 327.

mismos árboles, pero abunda la savia, brotan vástagos, y las ramas se cubren de hojas y de flores. Hay por todas partes un hálito de vida y un suave perfume que fortifican el corazón. ¿Quién ha podido hacer esto? «Ese cambio es obra de la mano de Dios». <sup>(1)</sup>

¡Oh árbol seco, endurecido en el pecado, no rehuyas la acción de quien tantas maravillas crea, y sentirás nueva vida! Basta que te abandones á la gracia de Dios; lo que te es imposible á tí, es facilísimo para Él.

(1) Psalm., LXXVI, 11.

## CONFERENCIA XXV

### EL ANTIGUO Y EL NUEVO ADÁN

1. **El árbol de la muerte y el árbol de la vida como punto final á que llega la filosofía de la historia.**—En extraña confusión, semejante á un laberinto, y de los más intrincados, se entrecruzan y se pierden las vías de los hombres. Sin embargo, van á parar á dos salidas, en que están plantados los dos grandes árboles del mundo, las piedras miliarias de la historia. El primero es su punto de partida, el segundo su término. Ningún hombre, ningún pueblo, ningún Estado, ninguna civilización, pueden evitarlos. Todos van á buscar junto á ellos lo que han escogido como propiedad suya para siempre, sea la vida, sea la muerte.

Uno de esos árboles es el origen de la miseria en que gime la humanidad; del otro procede la bendición que la gracia de Dios le ofrece. El primero es el árbol del placer, el segundo el árbol de la penitencia. Allí se perdió el hombre, cuando orgullosamente quiso hacerse superior á sí mismo; aquí aprendió á encontrarse, humillándose hasta la abnegación. En el árbol de la muerte comenzó la historia, y debe acabar en el de la vida, si quiere ostentar resultados que merezcan ser llamados conquistas duraderas y fructuosas.

Al principiar los tiempos, vemos aquel árbol, que, conforme á la sabia decisión de Dios, debía hacer distinguir el bien del mal; pero á causa de la humana estulticia, únicamente sirvió para conocer el mal; de ese modo se convirtió en árbol de miseria y, en último término, de muerte. Eso de-